

Probablemente Tristán e Isolda sea la obra más amada de todo el repertorio wagneriano. En ninguna otra la música adquiere una voluptuosidad tan intensa que trasciende las fronteras de los sentidos para alcanzar el reino del Ideal. Es un himno al amor, no meramente físico, sino extrasensorial, cósmico y espiritual, capaz de abarcar con su arrebatadora fuerza al mundo todo.

El segundo acto del Tristán ha sido descrito por el propio Wagner como un gran dúo de amor. Un colosal y dionisiaco dúo de amor como jamás se ha conocido... esto no se desmiente, pero en la humilde opinión de quien escribe estas líneas, la cumbre de todo el segundo acto no pertenece a Isolda, ni a Tristán, sino a Brangania.

Su papel, aunque lo parezca, no es menor: ella es la que consuela y asiste a Isolda en su desgracia, la que conoce sus más íntimos secretos, la que cambiará el deseado veneno por el filtro de amor. Brangania, esa sabia y bienhechora mujer, nos hace recordar a la Erda del *Anillo*. Por mucho que nos advierta, desde las sombras, todo termina en tragedia.

Mientras Tristán e Isolda, en mudo éxtasis, permanecen en mudo abrazo abismados, Brangania, desde lo alto del torreón, entona su canción de advertencia (*Einsame wachend in der Nacht*):

*Solitaria velo  
en la noche,  
a aquel a quien el sueño*

*del amor sonrío.  
Y me apresto a dar  
la voz de alerta  
que a los que duermen  
desgracias predice  
y temerosa  
exhórtalos a despertar.  
¡Tened cuidado!  
¡Tened cuidado!  
¡Pronto se disipará la noche!*

Palabras admonitorias, de gravedad apolínea. Pero aquí sucede algo de lo más extraordinario: en lugar de anunciar el peligro que se avizora con el nuevo día, la música se abandona a un exquisito cromatismo que dice todo lo contrario. Solemne y extáticamente, como un milagro de la armonía, en un diálogo con las cuerdas y las arpas, la voz de la mezzosoprano (seguramente en una de las interpretaciones más hermosas del repertorio musical para este registro vocal) parece anunciar, no la cercanía del pérfido día, sino la gloria de la noche, con su dulzura, su infinita quietud y sus epifanías y éxtasis secretos.

Nietzsche canta en su Zarathustra:  
*Es de noche: ahora se despiertan todas las canciones de los amantes. Y también mi alma es la canción de un amante. En mí hay algo insaciable, insaciable, que quiere hablar. En mí hay un ansia de amor, que habla asimismo el lenguaje del amor.*

Y Novalis:

*¡Qué pobre y pequeña me parece ahora la Luz!*

*¡Qué alegre y bendita la despedida del día!*

*Así, sólo porque la Noche aleja de ti a tus servidores,*

*Por esto sólo sembraste en las inmensidades del espacio*

*Las esferas luminosas, para que pregonaran tu omnipotencia –Tu regreso– durante el tiempo de tu ausencia.*

En ese momento, si se permite la expresión, la música deja de ser música, se olvida de sus leyes, para convertirse en un lenguaje nuevo, etéreo, nocturnamente hipnótico, en el que la alquimia de los timbres y las sonoridades nos envuelven con sus progresiones cromáticas como si fueran caricias.

Novalis confiesa:

*Ahora sé cuándo será la última mañana,*

*Cuándo la Luz dejará de ahuyentar la Noche y el Amor,*

*Cuándo el sueño será eterno y será solamente*

*Una Visión inagotable, un Sueño.*

La sangre entonces vuelve a correr con fuerza por las venas, se disipan los temores, se disuelve la enfermedad. El mundo, con sus miserias, impurezas y

falsedades, ha quedado atrás. Todo es gozo, deleite, felicidad. La existencia ya no nos aterroriza, somos parte de un sueño en el que la muerte ya no es temida sino anhelada, un salto al abismo y a la nada, un canto que se funde y se disuelve en una única armonía universal. Un sueño en el que se disipan las tinieblas y se revela el mundo tal cual es, despojado de toda apariencia, de todo lo que es efímero y accidental. Un sueño en el que, despojados de nuestra individualidad, entramos en comunión con la divina Alma del Mundo.

Gabriele d'Annunzio, ese otro gran romántico, recitará, inspirado por Wagner, uno de sus más hermosos himnos: *En la sombra y el silencio del espacio recogido,*

*En la sombra y el silencio trémulo,  
De todas las almas sobre el Golfo Místico,*

*Un suspiro subía, un gemido moría,  
Una voz extenuada confesaba la tristeza*

*De la eterna soledad, la aspiración  
Hacia la eterna noche,  
Hacia el divino originario olvidado.*

Años después, en aquella Venecia crepuscular que tantas veces lo cobijó en los tiempos de angustia y desesperanza, Richard Wagner escribirá, como

inconsciente despedida, dos palabras que resumen todo el glorioso periplo vital de una obra singular:

*Amor – Tragedia.*

*La isla de los muertos. Arnold Böcklin*



